

EL BABLE EN LO ERUDITO, DE TEOCRITO POR FELIX ARAMBURU Y ZULOAGA

José FERNANDEZ BUELTA

(Ac. correspondiente de la Real de Bellas
Artes)

Don Félix Aramburu y Zuloaga, que fue rector de la Universidad, como es más que sabido por los lectores de «Magister», a los que no puedo permitirme la pedantería de aleccionar, nació en Oviedo el día 5 de Mayo del año 1848. Sí puedo decir que sin pretensiones de bablista, usó de la modalidad lingüística anclada por los valles y los montes del territorio astur. Le conocí en mi adolescencia, porque vivió en mi pueblo gran parte de su vida, no como vecino, sí porque su esposa, doña Elisa, poseía en Ribadesella una señorial mansión de la que era propietaria la familia de los Cutre, a la que pertenecía. Casa de arquitectura plateresca pero de muy serena factura; escudada, aunque el escudo corresponde (aún decora el edificio) a los apellidos Prieto Collado, de tanto abolengo y arraigo en aquel concejo.

Recuerdo la señorial figura de don Félix; porque sí me fue familiar en mi infancia y adolescencia, la impronta que dejó en mis recuerdos la debo más al señor catedrático, rector que fue de la «Universidad Literaria Ovetense», denominación oficial con que se distinguía a nuestro primer Centro docente en aquel entonces, tiempos después y no sé si ahora.

Como un inciso en lo que pretendo ofrecer a «Magister» y confío en que sin desdoro de contenido, quiero recordar que don Félix Aramburu y Zuloaga tenía una hija llamada como su madre, pero para la grey infantil era Elisita. Ya mozo yo y avencidado con los míos en Oviedo, comprobé que era Elisita generalmente. Vivaracha y dominante jovencita, no contentaba por su genio a la aludida grey infantil que la «obsequiaba», a su paso, (custodiada amorosamente por su empaquetada aya) con esta cuarteta: «Elisita Aramburu / cara de rosa / en la ciudad de Oviedo / no hay otra cosa».

Reconocí a don Félix en la capital de la provincia, un día en el que la huella de su figura intelectual quedó en mi ánimo como un sigilo imborrable. En aquella edad mía, los catedráticos universitarios gozaban, en general, de la admiración y respeto de los ovetenses. Se les dejaba la

acera; se les saludaba al cruzarse con ellos. Para mí, al menos, eran seres fuera de serie. Un día en que me hallaba en el estanquillo de doña Concha, viuda de Polledo, sito en la calle de Fruela, frente al palacio de la Diputación Provincial, recién inaugurado éste, hube de quedar como ensimismado al darme cuenta de que en el pequeño mostrador estaba D. Rafael Altamira, catedrático del «alma mater» ovetense. Era figura de gran empaque señorial; muy aparente y decorativa; alto, más alto en apariencia por su largo cuello corporal, su no menos alto cuello almidonado de quita y pon; su alto sombrero hongo y su larga y bien cuidada barba blanca. Cuando intenté volver a mi tarea de buscar una de aquellas novelas de capa y espada, en las que los personajes ideales resolvían sus problemas y abordaban sus aventuras dentro de las más estrictas reglas del honor y de la honradez –moda literaria que influyó beneficiosamente en la moral de gran parte de una generación–, hube de suspender mi tarea porque la presencia de otro «coloso» de mi mente entró en el reducido establecimiento. Nada menos que don Félix Aramburu y Zuloaga, también figura de no menor empaque físico que don Rafael Altamira. Vestía con meticulosa pulcritud. En definitiva, vestía su personalidad académica. También lucía una muy esmeradamente cuidada barba, negra en su caso, en contraste con la que constituía el personalísimo distintivo físico de su compañero ilustre. Ambos se saludaron breve y amistosamente, como suelen hacer las personas que rinden culto a la cortesía, aunque las circunstancias les permitan verse con asiduidad cotidiana.

Como don Rafael Altamira hubiese hecho ya su compra, se despidió de don Félix. Este, sin quitar la vista de lo que compraba:

–«¿A dónde vas?» –dijo.

–«A dar un paseo. A esparcer un poco por ahí» –contestó Altamira.

–«No se dice esparcer; se dice esparcir» (bromeó don Félix).

Don Rafael, sonriente, se alejó.

Yo quedé perplejo, pero no reanudé la rebusca de «mis» novelas; salí presuroso, inquieto por comprobar la rectificación ortográfica que un catedrático le había hecho al otro.

Confieso que sentía cierta angustia por lo que pudiera tener de humillante para don Rafael al que, por su calidad académica, tenía por «perfecto». No obstante, algo inconfesable sentía yo por lo que consideraba a mi paisano como más «perfecto», más culto.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua, el magister indiscutible en aquella época, me proporcionó el equilibrio de mis sensaciones: los dos tenían razón, porque si bien busqué primero, siguiendo el orden de la correlatividad, el verbo *esparcer* era válido, pero remitía a consultar la palabra referente al verbo *esparcir*, que era en la que se hacía la justa definición.

Me alegró comprobar que los dos admirados personajes tuviesen razón, pero confieso que sentí cierto placer al considerar que el asturiano se ajustaba más al bien decir. Cualquiera que sea el plano en que los contemplare, eran, para mí, dos ídolos de la sapiencia.

Un día, no hace más de dos o tres años, el palacio riosellano, llamada *casa de Cutre*, fue adquirida por la Administración, hoy es la Casa Municipal: el Ayuntamiento.

Al desalojar el edificio, como hubiese muchos papeles pertenecientes

a lo que fue archivoBiblioteca de don Félix, aconsejé a quien tenía poderes para ello, que los pasase a la Universidad una vez que hiciese él la selección de lo hallado. Algún tiempo después me dijo que había entregado en la Universidad unos cuantos legajos. Tuve curiosidad por saber a quién había hecho la entrega y me dió un nombre. Era persona de mi íntimo traro y me apresuré a preguntarle si había algo de interés, recopilable, digno de comentario y de publicación Me dijo que otra persona especializada, a la que se lo entregó, estaba en la tarea de revisarlo con detenimiento.

Me hubiera gustado conocer el contenido de aquellos papeles.

Pasado un tiempo, de lo que había quedado esparcido por las viejas estancias y pasillos de la casa, recogió el liquidador, con unos viejos periódicos, algo de lo que por allí quedó y, entre aquel pequeño envuelto de residuos que me dió «*por si me pudieran servir para algo*», había cuatro cuartillas con escritura en bable... Son las que brindo a la revista universitaria «Magister». Son traducciones al bable de «Idilios» de Teócrito... Letra de don Félix Aramburu y Zuloaga, dadas sus conocidas aficiones a los clásicos griegos y latinos y su amorosa afición a la poesía de que se conocen sus producciones, incluso himnos religiosos, como el que yo conservo, en su primera edición hecha en París a expensas del riosellano don Manuel Alea, canónigo que fue de la Real Colegiata de Covadonga; himno dedicado a la Virgen de Guía, patrona de los marinos riosellanos. Es una estampa con solapas en tríptico. La casa editora fue la de «Raoul Roppart, 67 Rue St. Jacques - París».

Las fotocopias que de los *idilios* mandé hacer, permiten una lectura fácil, más que en las cuartillas originales, muy amarillas ya y con algunas pequeñas máculas que no son acusadas en estas reproducciones.



Casa-palacio llamado de Cutre, en la que vivió D. Félix de Aramburu y Zuloaga. Ribadesella

Traducción al bable de poesías bucólicas griegas.

La Rueda

(Idilio XXVIII de Teócritos)

Rueda del llino collaza,
cadaxin, prenda matiosa
de Minerva llaboriosa
ta Xana del güeyu axel.
De les ames que acorexen
con so trabayu sin tasa
la vallura pa la casa
el maravayu yes tii.

Fiate, que no ha pesate
con nosotros pelegrina
a llugate á la tierrina
n'a que Nelson retio
qui en metá un rebollar, ende
un palacio reverdeya
n'el que s'allanda á Citreya,
palombina del amor

Pido á Love m'apareye

mar tranquil y ventolina,
que abraciar me pruye aina
al mio güéspede otra vea,
al queriu mélicu Nicisís,
de les tres Gracias retuseyu.
; Con que gusto al chai al güeyu
la so mano estruird!

Tá la Castiella de Nicisís
vo á donate, rueda mia,
la más chusca y repolia
tornia n'ablanu y marfil;
pa qu'illa taxa y retaxa
los faxellos del marío
y los dengues qu'el fembrío
pa dominguiar han llucir.

Porqu' al añu un par de veces
les ovejines galanes,

de sos vellones les llanas
manses dexen tosquilar
pa' Teuxénide hermosa,
muyer de Nicies serrana,
más artera qu'una xana,
qu'al trabayu 'stá' avexa'.

¡Por casa n'a que añere
la folgancia, ta' perdía,
à ti en mió tierra ñacia
xamás t'empobinaré;
à ti qu'ullena de gloria
yes, conto fusu y roquera,
de Siracusa bandera,
que me cobixó al ñacer.

Ende son sebes y bárdias
d' homes de posu lacuna,
que algamó de la Fortuna
Árquia el Corintieu fondar:

Milètu, pelra de Lonia,
será pa ti escoyiu ñeru:
n'el palaciu pintureru
de la cencia morarás,

Pa guarir nostros ^{llacarios} llacarios
Nicies, con so melecina,
sabondra y arteru, aina
mil mestranzos afayó;
perro á Teuxénide; ay rueca!
barrunto darás más gloria
y guardarás la mimoria
de so güés pede y cantos,

¡Al vete en so'ndia mano
xirar con vuelu lixeru,
finxándose 'l pasaxeru
trastayau apusllará!
Anque regaló d' aldea,
apareyó bon provechu,
viens d'amigu correchu
qu'al amigu quixo honrar.

El ladronzuelo de panales

(Idilio XIX)

Pica una abeya al travesau Cupideu
Porque i fúrtia la miel del so caxellu,
Gaya el Neñu, solluta sin consuelle
I aróplase n'el deu adoloridu;
Lloramiquia, espernexa condollidu
I va'ntrase de so Má n'el cuellu:
'Teno pupa, mamina, dix canquiellu
; I qué bichu perroén me punxo tuídu!
— No empapielles, mió Amor. ; Non t'asemeyes
(Dixoi bitores con fisgá sunrisa)
'Tú también á les pèrfides abeyes?
Menudueu como elles faes la guisa
I les pupes que faes á los que trayes
Miániques si españar los fán de risa.

Bión (Folilio IX)

; Fia de Xove y de la Mar rixosa,
Venus que á Páfos perartera rixes!
; Por qué á los Dioses en sin duellu aflixes
¿ á los mortales to puxanka acosa?
; Por qué á Cupido nos paristi; oh, Diosa!
¿ tan fieru y tan dañín? ¿ por qué elixes
Pa preseallu envenenaos aguixes?
; Quién agafó to còllera rixosa?
El arte d' enlluxar al gayasperu
Semblante i pa qué i disti? y al desnudu
Cuerpu, esnalines de volar lixeru?
; Los manes pa que armar de obleru agudu
¿ de tiru dotalles tan certeru
que ná val el fuxir forrau d' escudu?

